



Lo posible y lo imposible

Hubo tiempos en que se pretendió conquistar lo imposible. Ahora son años de pensar en lo posible. Porque ni siquiera lo posible encuentra la forma de abrirse paso. Tal es la dureza del muro de la herencia de lo imposible: cotos cerrados de los que casi todos están excluidos y donde sólo reza una ley: la de la servidumbre voluntaria o involuntaria.

Hay Cubas por todas partes: en el interior y en el exterior, en La Habana y en Miami, en el búnker y en la diáspora, en pequeños e intransigentes cenáculos y en grandes grupos, en la cerrazón ideológica de los ismos o en el corazón de los que vagan por el mundo con el azul puesto en la memoria.

De todas estas Cubas ¿es posible hacer o imaginar una isla posible? Posible en doble sentido: sentido real, que pueda realizarse, sentido simbólico, que todos puedan encontrar su lugar en ella. Políticamente a este episodio se le llamará transición o reconciliación y requerirá muchas generosidades porque sólo así se curan las heridas que dejan tantos años de totalitarismo, tantos años de desencuentros, tantos años de deseos de revancha.

La transición que tarde o temprano llegará será sin duda difícil y abierta a los desencantos. Porque lo posible siempre acaba siendo enemigo de lo soñado.

Pero hay otro ámbito de lo posible: el de lo simbólico, es decir, el dibujo del terreno de las referencias comunes. ¿Hay en este sentido una isla posible? Entre los cubanos del interior y los cubanos del exilio, más allá del caudillismo y de las bravatas de algunos jefes de tribu, ¿hay unas referencias culturales que puedan conjugarse hasta el punto de hilvanar un espacio mental en el que quepan casi todos?.

Este territorio es el que quiere explorar «Cuba: la isla posible». Confrontando los distintos haceres artísticos y los distintos discursos culturales de unos y otros, de todos aquellos que, pese a todo, siguen vivos. Y tratando de demostrar que lo posible siempre es mucho más rico que lo imposible. Porque lo imposible es la fantasía que unos pocos quieren imponer a todos. Mientras que lo posible es la casa común, un lugar en el que puedan confluír y acumularse las experiencias reales de todos: los que sufrieron pero no dejaron el país, los que viven el exilio con amargura, los que siguen creyendo en los sueños imposibles, los que ya se despegaron casi del todo abandonando a veces incluso el idioma, los que gritan y los que callan, los críticos y los crédulos. Una isla posible en la que sólo sobran los asesinos.

Este es, por tanto, un ejercicio cultural. Que se aparta de las trincheras políticas insalvables que dividen no sólo a castristas y anticastristas sino que a menudo multiplican las parcelas entre el mismo anticastrismo. Una reflexión cultural en un horizonte de reconciliación y restauración democrática. Inequívocamente antidictatorial por tanto. Un ejercicio de recuperación de la palabra, que permita hablarse, incluso a aquellos que se tenían la palabra retirada. Porque hablando la gente se entiende y se reconstruyen los caminos un día bruscamente interrumpidos.